

Sobre *Desvelo de Ulises y otros poemas*

Por: Beatriz Alicia García

Creo que la buena poesía es lúcida, y es poco más lo que hoy pudiéramos pedirle. Sólo tal vez que sea fiel a una voz, a un modo particular de decir y callar las cosas. Esta voz que nos habla desde el poema es como un eco, viene de adentro, de lo más hondo de quien escribe, y hacia lo más hondo del que lee. Pareciera querer rescatarnos, salvar lo poco salvable en nuestras vidas llenas de ruido y miedo, llenas de paisajes rotos, saltos al vacío. Ya no podemos pedirle, ni la poesía puede darnos, belleza o verdades. Bebemos en sus imágenes, sedientos de algo que ignoramos, pero que no tenemos y nos hace falta. Lo más nuestro, lo más esencial y profundo. Eso que no tiene palabras, pero hay que inventárselas, algo parecido a un grito, a un llanto, a un milagro.

Desvelo de Ulises y otros poemas de Gregory Zambrano nos permite dialogar con esa ausencia y ese deseo. Nos muestra al otro Ulises, el desvelado, el náufrago, el que olvida su astucia; y cae, interroga su destino, da cuenta de un tránsito, una bitácora donde la muerte es señora, y una cierta nostalgia acompaña los sueños de un viajero fatigado.

*¿Dónde llevas a Ítaca?
Acaso en la memoria,
acaso en lo más hondo del corazón;
has visto otras ciudades,
has hundido tus manos en tantos
océanos,
pero sólo el mar de tu nostalgia
tiene la justa esencia de los peces y la sal.*

En estos versos reflexivos predominan la lucidez y el desencanto, sin embargo en su lenguaje reposado, sus versos largos, hay un imaginario personal y cultural en los que, a pesar de todo, respira la necesidad de encontrar asideros: “Ítaca sigue lejos,/mientras, mantén el rumbo,/sigue soñando”... “Y yo me regocijo en las infancias/vividas o deseadas,/un paisaje de Van Gogh/donde tiemblan los espejos”... “mujer de medias negras/y alegría voraz, como el fuego”... “soy eslabón que habrá de sostener/el hilo del misterio/alimentar el sueño de los otros,/ hacer creer/que en algún lugar pasta el unicornio”... Bien a través de la redención que da la conciencia de oficio, el surco de imaginarios donde la belleza aún pasta; a través del amor o el deseo; o de la recuperación de olvidados paisajes de la infancia, encontramos contrapesos ante el horror de Hiroshima, las tierras prometidas que se alejan, las infamias del vivir humano.

En los mismos poemas firmados en Hiroshima y otras ciudades del Japón el dolor, la muerte y el horror se entrelazan con la esperanza, con la vida. Porque es el anhelo, el deseo, el que mueve toda empresa humana, no su concreción. Es el anhelo de vivir el que nos da salidas, no las realidades que sufrimos, y dejamos atrás. Dentro de esta temática un poema central del libro sería el titulado, paradójicamente, “Certezas”, uno de los más destacados del libro por su temática y construcción. El poeta nos habla de la imaginación y el deseo, y lo inicia con la siguiente cita de Unno Ahl: “Día a día contemplo las nubes/y me digo:/Sólo el deseo es eterno”. Allí encontramos eso que justifica todo arte, y especialmente el de hacer poesía, el deseo de crear una realidad otra, a través de la cual redimir la que tenemos, o escaparnos de ella un rato:

*(...) así será verdad tanta certeza
pues sólo el deseo es eterno.
No mide ni pesa
Es duende y dragón,
nadie lo ha visto
pero existe
¿quién se atreve a dudarlo?*

Como un haz concatenante hay dos modos de asir la realidad que se repiten a lo largo de *Desvelo de Ulises y otros poemas*: la memoria y el sueño. Los unen algunos rasgos comunes. Ambos son espacios de libertad que se gestan en nuestra psique, y ambos se nutren de la imaginación, y trasponen los límites del presente, de lo que llamamos “realidad”, y nos enfocan en otra cosa. En esto se emparentan, por lo demás con la imagen poética. Aunque responden, memoria y sueño, a dos *tempo*s e intencionalidades distintas, si es que podemos hablar de intencionalidad. En la memoria hay siempre hueco, la convoca una ausencia, algo que ya no tenemos, que dejamos atrás, o un anhelo, algo que aún no llega, y que le ponemos un rostro, un paisaje conocido, porque aún no tiene forma o rostro cierto. Eso que nos falta, va de mano con el silencio, el vacío, con la muerte, que está siempre pisándonos los talones; no sabemos “de dónde y hasta cuándo será vida esta vida”, como nos dice Gregory Zambrano en su Elegía en memoria de Sabines.

Ese *tempo* de la memoria, esa forma de asir lo inasible, de transformar el recuerdo en vivencia, es lento, demorado; por que si no no echa raíces, no se hace cuesta y verdad en nosotros. “Todo viene a paso lento, como la agonía misma,/como la felicidad o el amor”, nos dice el poeta. De allí quizá que haya muy pocos versos cortos en el libro, y esa lentitud se expresa en la forma misma de los poemas, en sus versos largos, demorados. No son versos de emergencia o saeteros, como abundan en la poesía venezolana, son versos reflexivos y de hondura. Atravesados sí, por una necesidad, pero en los que también hay un sumo cuidado en la expresión, un español limpio y trabajado, sin apuro, sin descuido, una madurez expresiva.

En el sueño, a diferencia de la memoria, hay un *tempo* que tiende al vértigo, hay un transcurrir apresurado e inconexo (en apariencia); y en esto la

vida, la realidad que tenemos, no se aleja mucho de cualquier pesadilla; o hay una situación angustiante que nos paraliza. En dado caso hablamos de dos *tempos* que se oponen. En uno estamos dormidos, el sueño; y en el otro, el de la memoria, estamos despiertos, aunque en ese estado sobre el que tanto escribió Bachelard, la ensoñación. Ambos trastrocamientos de “lo real” son los hilos que van tejiendo la travesía del Ulises “desvelado” de Gregory Zambrano. Una heredad cultural y una necesidad de buscar asideros más allá de esa heredad. Tránsito de vida, lucidez, en el que vida, deseo y muerte se conjugan. Un hermoso y profundo conjunto de textos.

Mérida-Caracas, julio 2002